Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

JUNIO
1920
Año I. - Núm. 9



JUAN BAUTISTA ALBERDI

29 Agosto 1810 - 18 Junio 1884

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I.	Buenos Aires, Junio de 1920	Núm. 9

A RACCOLTA

Ante el avance del furor de dominio y de explotación de la clase capitalista, se impone la unión solidaria de todos los obreros de la República.

Es una urgente necesidad la fusión de las fuerzas obreras del país; y los partidistas unilaterales deben ceder el puesto a los que han comprendido la hora presente y no estorbar el camino con sus intransigencias de histéricas metafísicas sociales.

Un solo problema debe resolverse: El dominio del que trabaja y el desalojamiento del parasitismo ancestral.

Fuera de eso, no hay nada positivo, no hay nada verídico, no hay nada moral.

Fuera de eso, existe el animal prepotente que disputa una presa para sí solo, con el fin de satisfacer su instinto tiránico y vano.

Los gremios, federados o no, deben enrolarse en sus sindicatos de oficio y responder como un solo hombre al llamado de los tiempos.

La clase capitalista ya no atina a otra cosa que a la caza de millones. La clase capitalista, envenena, mata, destruye, porque no ve más que el vellocino de oro.

La acumulación de riquezas sobre el cadáver humeante del pueblo, es una degeneración del sistema fundado sobre la usurpación de la propiedad y la explotación del trabajo ajeno.

Los mismos gobiernos, debilitando el nervio de sus constituciones, con intervenir en los negocios privados, descubriendo sus falsedades y sus engaños, preparan la caída fatal de este régimen oprobioso e infame.

Ya no es sagrada la propiedad como afirman las constituciones políticas. Ya el liberalismo económico está presionado por la mano del estado que ante el peligro de una ruina segura interviene en los negocios privados profanando así la santidad de lo tuyo y de lo mío.

Ya el estado pretende conciliar con los gremios y los gremios adelantándose al estado profanan a su vez la sacra mansión del amo invulnerable.

A raccolta, pues. La unión de todas las fuerzas obreras se impone necesariamente ante la frenética locura de la clase capitalista, que sólo puede detenerla la conciencia colectiva del pueblo que surge como tutora irreemplazable de los antiguos poseedores y como administradora celosa de la riqueza común.

¡OTOÑO!

Peregrino de la vida, pobre peregrino, desarrapado y gris como una sombra, ¡sigue, sigue!

La báquica estrofa de los bosques ha muerto para ti, porque para ti sólo es lo que muere; ya ha palidecido aquel sol, más generoso que los hombres, que incendiaba los nidos con sus besos ardientes y hacía reir a carcajadas a las hojas enloquecidas.

Ahora arrícete y tiembla bajo el aire gimiente que hace revolar tus pálidos harapos y atraviesa la planicie como un grito de angustia, de soledad, de frío espanto.

¡Qué interminables tus noches, qué agudo tu sufrimiento irredimible! El otoño pulsa su lira trágica en los árboles de aterida savia, te canta al oído la canción mortal de hojas secas, como una risa embrujada, de triste sarcasmo, de impiedad amarguísima.

Ahora no llames a la puerta de la casita herméticamente cerrada; pasa aterido ante su ventana, cuyos cristales se cubren en llanto le escarcha; cierra los ojos para no ver el rayo de luz que se escapa de aquel hogar amante y tibio; ahora reina allí adentro el cálido egoísmo de la lumbre, y se come y se duerme arrullado por el gemir del viento, que teclea una canción invernal en la monterilla de tejas; ¡no llames, tú eres el frío y la miseria, abrirte la puerta es dejar que pase la bocanada de la muerte que todo lo barre y lo marchita! Desde adentro te responderá una voz angustiada, casi suplicándote a ti que te alejes; un grito que te alejará como un latigazo: — Perdona... ¡perdona por dios!...

Y bien, perdona... y sigue; llegó el reinado de tu deidad de tortura; el hijastro del invierno, coronado de abrojos chorreantes, desnudo como tú y como tú miserable y triste.

Para eso eres carne de miseria; duerme en los portales, respirando el hielo de la noche, azotado por el cierzo que canta tus responsos en las encrucijadas desiertas; después, camina, dejando como único recuerdo de tu existencia, la huella de tus pies desnudos en la senda sin límites; ¡huye, eres la miseria y produces el malestar del remordimiento; las tibias pieles que besan la carne de los dichosos, te rechazan!

¡Es tan desagradable estar muy abrigado y pensar en tu sangre que se hiela!

¡Al fin tienes algo tuyo, el otoño, el frío!...

¡Oh, no te lo robarán!

De la responsabilidad

I

Sobre el principio de la responsabilidad descansa la organización jurídica de las naciones. Como consecuencia, la pena es la finalidad de esa organización; por lo que los pueblos civilizados apenas se diferencian de los bárbaros.

Sin embargo, la responsabilidad, la responsabilidad moral, es un absurdo. Está más que suficientemente probada la falsedad del libre albedrío. Todas las afecciones humanas son sucesoriamente fatales como consecuencia de causas determinadas. Aún los actos llamados voluntarios, los que revisten mayores apariencias de libertad, son derivaciones de fuerzas mecánicas obrando más o menos remotamente sobre el individuo. Consultad toda la ciencia moderna y unánime la veréis enfrente de la afirmación teológica. El hombre es un simple elemento subordinado al organismo cosmológico. Se halla en continua relación de dependencia con todo lo que le rodea mediata e inmediatamente, y su libertad, la pretendida libertad metafísica de los espiritualistas, es nula.

Exigirle, pues, responsabilidad moral por sus actos es un absurdo. Y lo es tanto más cuanto el medio ambiente en que se desenvuelve figura tal vez como el principal en los factores de la delincuencia.

Acaso se nos diga que pretendemos abandonar la sociedad al crimen. Nada menos cierto. Si negamos la responsabilidad, y como consecuencia el derecho de imponer penas, no dejamos de afirmar el derecho de defensa.

II

El individuo, lo mismo que la colectividad, derivándolo del instinto de la conservación, afirman ese derecho que la lógica más elemental no puede rechazar.

Como esa defensa haya de organizarse, fuera del prejuicio corriente de la penalidad, no es cosa que deba sobrecogernos.

De causas diferentes se producen efectos distintos. Desenvolved el principio de defensa por oposición al de responsabilidad, y las consecuencias, en la práctica, no dejarán de corresponder a las deducciones *a priori* de la teoría.

Juan Bautista Alberdi

(Fragmentos de la crítica histórica publicada en 1916. Edición Maucci Hermanos e hijos. Buenos Aires).

Hablar de Alberdi, decir de su vida, de sus obras, de sus finalidades filosóficas; mentarlo como constitucionalista, como fundador de doctrinas económicas; recordar sus andanzas, sus divagaciones literarias, sus sueños juveniles; trasladarse in mente a la época triste de la tiranía, descender aún en su juventud, cuando pobre tuvo que valerse de medios inadecuados para su temperamento altivo, contradictorio, rebelde casi, es una obra algo ingrata y demasiado penosa; sin embargo nos hemos decidido a escribir sobre Alberdi, porque los tiempos retornan y porque también las zarzas retoñan. Y la necesidad de escribir sobre su obra se impone ahora tanto más cuanto que sus enseñanzas han sido completamente olvidadas o mejor dicho, nunca se ha intentado ponerlas en práctica.

El fenómeno existe permanentemente; la población sigue aún con las mismas prácticas; nada, puede decirse, ha cambiado: la riqueza de los habitantes no está labrada en la piedra viva con el escalpelo del artista de mérito; la riqueza es acumulada al acaso por un flujo desbordante de corrientes especuladoras.

Parece que el industrialismo, base de la riqueza real, no ha echado raíces en el surco blando y fecundo de la pampa; la blandura del surco enmohece las voluntades y reduce a los seres inadaptables para emprender sólidas y duraderas empresas productivas.

La inmigración selecta, base de la definitiva organización del país, no ha concurrido a poblar y fecundar estas tierras como era el deseo del economista que recordamos. No ha concurrido por la falta de sólidas garantías para sus empresas; sus fautores no han encontrado, ni la materia prima, ni la mano de obra, concurrentes necesarios para la consagración de la tarea.

Los gobiernos no han pensado o no han querido pensar en este problema económico. Han dejado correr las cosas a la buena de dios, sin preocuparse más que del acrecentamiento de su propio caudal político. La tierra se ha repartido a granel, pero el reparto

no ha sido equitativo, espontáneo; no se ha dado esa tierra al cultivador directo, al labrador; sólo unos pocos lacayos han sido los favorecidos: ineptos para fecundarla, la han arrojado al campo de la especulación dándola como pasto de usura al mercado público del despilfarro. La alza y baja de la tierra ha sido puramente un juego de azar, sin la existencia de un valor real que únicamente se obtiene con el brazo y con la inteligencia; desaparece la manía del juego, vuelve de nuevo el ningún valor a estancar el aparente progreso que movía la gente a la actividad especulativa; y la ineptitud surge de nuevo a la superficie.

El progreso viene de afuera, inunda las ciudades sin beneficio alguno para los pueblos del interior de la República.

El capital no entra en las arcas nacionales; el capital surca los mares para engrandecer aquellos pueblos dueños de la riqueza real y positiva: de la industria, de las grandes empresas que aquí echan raíces sólo por introducción interesada y usuraria.

Ya es tiempo de pensar en que el progreso no se forja al empuje de golpes de audacia, labrándolo sin base sólida; es tiempo de afianzarse ante el mundo con el trabajo constante que produce una inteligente actividad.

Razonar, pues, sobre la doctrina de Alberdi en este momento de necesario examen, ante el problema económico que se nos presenta cual fiero fantasma, es aportar un poco de raciocinio a los cerebros ofuscados y una palabra acuánime de reacción y libertad.

Hay que reaccionar, y se reacciona ensimismándose con los ideales de los precursores. Aplicar esos ideales de acuerdo con la época en que se actúa, no es retrogradar. Reconocer una verdad irrefutable, a pesar de haberla desviado continuamente durante años, no es humillarse ante la historia; ella algún día hará justicia a los hombres que así lo han entendido y que así lo han practicado.

El carácter único del tipo laborioso aún no se ha formado. Los don Petardo siguen rompiendo los tímpanos de los reducidos cuerdos que claman a voz en cuello la formación del carácter nacional, vigoroso y apto para una labor continuativa y provechosa.

Siguen los dos Ceferino con sus «setenta años sobre las espaldas, y setenta mil canas sobre la cabeza, setenta mil necedades dentro de la cabeza» (1), sin poder conseguir la destrucción de esos

(1) "Caracteres" Alberdi: "La Moda". Buenos Aires, 1837, 1838.

entes que cual molestos mosquitos quitan el sueño tranquilo del útil obrero que después de una jornada de paciente trabajo se recoge satisfecho a reposar sus cansados miembros y a enriquecer su cerebro con savia nueva.

Superficialidad en los negocios, superficialidad en la política. Y los «don yo» se perpetúan vanidosos, degenerando la especie y aislando a los que no creen en la potencia absoluta de sus minúsculas personalidades.

La democracia en América ha producido un estado endémico de medianías perjudiciales; y todos los dictados de los pensadores (pocos, desgraciadamente) han caído en un abismo de huequedades ensodecedoras.

Cualquier iniciativa que haya surgido en la superficie, ha sido inmediatamente apropiado por las medianías y reducida a simple pedestal para servir de base a falsos encumbramientos.

El cosmopolitismo se ha infiltrado también en las relaciones filosóficas especulativas, y ha hecho energúmenos; en política, en economía, en derecho, se ha generalizado tanto el pretendido conocimiento de dichas materias, hasta reducirlo a la categoría de un simple juego de baraja, sin otras profundidades que lo que proporciona la vista de la carta en descubierto.

Es que don Petardo lo sabe todo. Este buen señor vino a América trayendo como único bagaje una desmedida ambición de poseer cualquier cosa: dinero, saber, sociabilidad; adquirió dinero a poca costa; la posesión del dinero lo autorizó a introducirse en las academias, y allí disertó a su manera con el aplauso de los tontos; fué admitido en los salones y conquistó fama.

Don Petardo es el «don yo» de los eternos ramplones que infestan las ciudades apartando del desierto el brazo vigoroso de los dispuestos a conservar su noble abolengo de labradores y artesanos.

Don Petardo los sugestiona y los mantiene a su lado, prometiéndoles el «don yo» salvador y desalojando a los que estorban, quienes con su profundo tecnicismo, sonríen a las procaces manifestaciones del improvisado medium, «sin embargo, él se quedará riendo de ellos, ponderando su exactitud y aplicándolos a sus distinguidos amigos» (2).

Es así como se introducen los Tartufos, los Basilios, y los Gil

---

(2) "Caracteres". Alberdi. Publicación citada.

Blas, personajes perfectamente encasillados en sus posiciones de hombres superiores.

Tarfuto, el tipo-institución; Basilio, diplomático intrigante; Gil Blas, la mentira convertida en verdad. Trilogía que ilumina la senda de nuestro progreso institucional.

Todos nuestros hombres dirigentes, llevan a cuestas algo de estos tipos: el mandatario Tartufo, el legislador Basilio, el energúmeno Gil Blas; son los tres poderosos que marcan las huellas a los don Petardo y a los don Ceferino, los que forman los «yo» que plasman el tipo único de la raza.

Por eso nos hallamos al mismo punto de partida del escritor del — 1838 (Caracteres) y 1871 (Luz del Día).

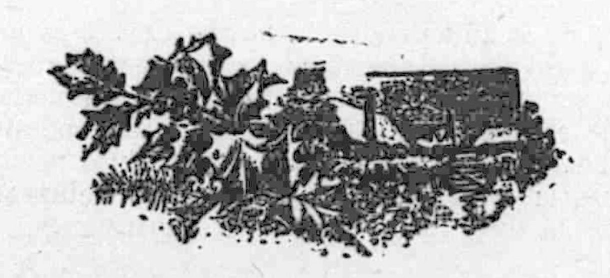
El símbolo de la verdad que Alberdi personifica en «Luz del Día» representa la mentira, la falsaria, la meretiz, ante el contubernio tríptico de los personajes encumbrados en el poder. Las resoluciones de los magistrados son dictadas bajo el dominio de esa trilogía: la verdad es delito, la mentira es ofrenda de bien. El pueblo acata sumiso estas tergiversaciones intencionadas por la perversión moral de su espíritu crítico.

Y aquí cabe repetir la leyenda cristiana: «Si é capovolta la coscienza del mondo». La mentra, virtud; la virtud, mentira.

«Luz del Día», peregrina incansable, sostiene impertérrita su tabla de valores. Sube a la montaña y escribe su decálogo: decálogo que se perpetúa a través de los tiempos y que queda incólume ante todas las corruptelas; decálogo que repite la voz de las épocas, como inspiración sublime del genio, concebida en un sueño magnífico y portentoso; palabra amonestadora y soberbia que indicará la ruta de una nueva vida, siguiendo la estela de un sol en lontananza.

... ...

Santiago Locascio.



Pensamientos de Alberdi

No se ha de inspirar a que las constituciones expresen las necesidades de todos los tiempos.

Como los andamios de que se vale el arquitecto para construir los edificios, ellas deben servirnos en la obra interminable de nuestro edificio político, para colocarlas hoy de un modo y mañana de otro, según las necesidades de la construcción.

No basta que la Constitución contenga todas las libertades y garantías conocidas. Es necesario, como se ha dicho antes, que contenga declaraciones formales de que no se dará ley que, con pretexto de organizar y reglamentar el ejercicio de esas libertades, las anule y falsee con disposiciones reglamentarias.

El extranjero no debe ser excluído por malo que sea. Si se admite el derecho de excluir al malo, viene en seguida la exclusión del bueno. En la libertad de la inmigración, como en la libertad de la prensa, la licencia es la sanción del derecho.

Quiero suponer que la República Argentina se compusiese de hombres como yo, es decir de ochocientos mil abogados que saben hacer libros. Eso sería la peor población que pudiera tener. Los abogados no servimos para nada útil.

Es un error infelicísimo de creer que la instrucción primaria o universitaria sea lo que pueda dar a nuestro pueblo la aptitud del progreso material y de las prácticas de libertad.

La guerra de la Independencia nos ha dejado la manía ridícula y aciaga del heroísmo. Aspiramos todos a ser héroes, y nadie se contenta con ser hombre. O la inmortalidad, o nada, es nuestro dilema. Nadie se mueve a cosas útiles por el modesto y honrado estímulo del bien público; es necesario que se nos prometa la gloria de San Martín, la celebridad de Moreno. Esta aberración ridícula y aciaga gobierna nuestros caracteres sudamericanos.

Juan Bautista Alberdi.

PROMETEO

Original de HUIDOBRO

FIGURAS NECESARIAS

PROMETEO (maestro de escuela). — Robusto de cuerpo; la cabeza y singularmente la cara, semejante, no idéntica, a la que suponemos a Cristo, pero más varonil; tipo rubio. Viste una blusa de dril larga y amplia (1).

VIDA (su mujer). — Plétora de salud, juventud y hermosura; peinado bajo con dos bandós sobre la frente; ninguna alhaja. Al cuerpo, una bata clara y usada de forma tal, que la figura dé sensación de voluptuosidad. Delantal sencillo.

DOMINE. — Cenceño de cuerpo y la color prieta.

BRAULIA (sirviente del maestro). — Tipo socarrón, astuto.

PASTOR. — Viejo y encorvado. Tipo de la Sierra. Capa de paño burdo y pardo, sombrero de aro, todo viejo; usa cayado.

ALCALDE. — Tipo gordo y vulgar. Indumentaria de rico de la Sierra; con chocarrería.

CURA. — Sin capa ni teja. Un libro de rezo en la mano.

SECRETARIO (seglar). — De negro, con levita, sombrero de copa (época goyesca) y antiparras a lo Quevedo. Pluma de ave sobre la oreja y cartera rebosante de papeles bajo el brazo. Enfático hasta la ridiculez.

ABEL. — Muchacho ingenuo.

Populacho, una vieja, un viejo, un hombre, chicos de pelos y edades distintos.

LA ACCION EN UN PUEBLO.

(1) Cuidado con este personaje al caracterizarlo, que se presta a la vulgaridad, y esto sería deplorable. Queremos que dentro del aspecto moderno tenga algo de bíblico, de suntuoso.

PRÓLOGO

Telón corto figurando una cortina que se abre por el centro. Aparece un hombre vestido a la manera de los antiguos dómines: lleva tocada la cabeza con un gorro negro y le cubre el cuerpo una hopalanda negra también. Bajo el brazo izquierdo, unas disciplinas. —Se dirige al público.

Ilustre auditorio:

Ved en mí otra de las figuras de la antigua farsa. Farsa evocada por el conjuro de uno de vuestros preclaros ingenios que, habiendo comprendido que no está el mundo para cosas complicadas, pidió ayuda y valimiento a nosotros los comediantes de antaño, a fin de instaurar en las presentes edades aquella sencillez y candor de nuestro teatro, solaz y esparcimiento del ánimo sin congojas ni

sobresaltos, sátiras ni doblez, que tanto trastornan los cerebros, añudan la garganta y estremecen las carnes. Nosotros los comediantes, así como los escritores y los artistas todos, nacimos para regocijar al que paga, que hartas penas ha en su vida de negocios importantes, de graves ocupaciones y sabidurías para que venga al teatro a cosa distinta de solazarse.

Quédense los complicados pensamientos y quebraderos de cabeza para empleo, lucha y victoria de los grandes hombres (*Con énfasis*), gobernantes, sabios o ministros del Señor (*Reverencia*), llamados al acomodo y ejercicio de sus potencias, facultades y talentos en bien de los pueblos que gobiernan, instruyen o salvan y así cumplen... y Dios...)*Reverencia*)—sea—con todos. (*Pausa*).

No vengo yo a vosotros traído por envidia de glorias ajenas, ni queriendo pasar como de estirpe augusta del intelecto; soy el humilde escudero que sigue por las huellas de los pasos de su señor, creyéndolos tan acertados como si derechamente condujeran al cielo. El autor que me presenta no halla en su pobre magín salida tan ingeniosa a sus maquinaciones, como la ideada por ajeno numen con ocasión de análogo compromiso, y como quiera que todo es copia en este deleznable mundo, desde nuestro padre Adán que lo fué, e imperfecta, del mismo Dios (*Reverencia*) hasta los días que alcanzamos, en que ni dios sabe a quién se parece — entiéndase en las Letras —, se atreve, y es valor, a presentar esta segunda parte a pecho descubierto, como veis, para sufrir lo que viniere, aunque no se le oculta que no es costumbre admitida por hombres duchos en achaques de mundo, pero sí confiado en vuestra hidalguía notoriamente bondadosa con el que afronta el peligro. (*Pausa*).

El autor no quiso que en pueblo o villa conocida de vosotros tuviere lugar su comedia, para evitar que malsinaran dél, por si aludió o no aludió, ni que los personajes o figuras que intervienen fueran hombre o mujeres, sino abstracciones o símbolos, que no está en hombre de pro tomar para asunto de sus enredos imaginados las debilidades de sus semejantes y exponerlas en la picota. De modo que cuanto veredeis es neta locura o imaginación sin cabo, atadero o plan, sumisos a lo preceptuado. (*Pausa mayor*).

Esta hopalanda que cubre mis carnes y este gorro y estas disciplinas fueron disfraz de bufón, más que venerable envoltura del saber y el sanerdocio, luengos años y para innúmeras generaciones. Las angustias y estrecheces de los dómines y la sonrisa dolorosa de sus bocas, copiadas y traducidas por mí a lo ridículo, movieron a plácida risa a los más graves varones y escarnio fueron de la chusma.

El mismo papel en la farsa me está encomendado al presente; claro que los tiempos no son los mismos, ¡que no en balde pasan los años! ¡Indudable que vosotros no reiríais de mis muecas de entonces!... ¡vuestra cultura! ¡vuestra piedad!... Yo me acomodaré a los tiempos. (*Mutis*).

MUTACION

ACTO ÚNICO

La escena representa una escuela de pueblo con paredes muy blancas, y al fondo, centro, una gran puerta, como de mesón antiguo; a cada lado y en el promedio de ambas paredes tiene sendas ventanas cuyas vidrieras, abiertas, dejan ver un jardín lleno de luz. Es el medio día.

Lateral izquierda, primer término, una plataforma elevada como un pie del suelo. Sobre ella, una mesa con papeles, tintero, una esfera armilar y un gran ramo de flores. Detrás, un sillón de brazos. Al pie de la plataforma, primer término, un banco; en el suelo, delante y derecha de él, unas disciplinas. Puerta lateral a la derecha primer término. Bancos para escribir los muchachos paralelos al lateral derecha y cuyo número sea tal que no rebase de la cuarta parte de la sala (escuela). Dos sillas en la plataforma adosadas lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

PROMETEO, BRAULIA, y MUCHACHOS. Aparece Prometeo sentado en el «banco». Tiene un libro en la mano. Muchachos de pueblo desde siete años a catorce, rapados unos, greñudos otros, descalzos los más y sin gorra todos. Alguno luce un solo tirante sobre la mugrienta camisa, lo que no es óbice para que otros estén sin chaqueta, como asimismo muestran varios blusillas corticas y etc.; aparecen sentados escribiendo. Braulia, subida en una gradilla, limplia los cristales de la ventana del lado derecho.

PROMETEO. — Y tú, ¿qué quieres ser? (*Interrogando a un pequeño mocoso*).

EL CHICO. — Yo, rey.

PROMETEO. — A eso, hijo mío no se llega estudiando... (*Aparte.*) ¡Inocencia, lo que vales! ¿Y tú? (*A muchacho grande.*)

UN MUCHACHO GRANDE. — Yo, gandul; dice mi padre: pa gandul, éste — por mí —, conque ya ves.

UN MUCHACHO PEQUEÑO (*Interrumpiendo*). — Yo quiero ser de los que cogen mariposas bonitas... y... pájaros... pero no creas que pa hacerlos daño, no; pa tenerlos y luego soltarlos... que vuelen mu alto... mu alto...

PROMETEO. — Yo os pregunto qué trabajo os gusta, qué oficio: labrador, panadero, herrero, carpintero... alguno así... (*Pausa. Los chicos no contestan, charlan unos con otros.*) Bueno, atendedme... vamos a seguir escribiendo. (*Leyendo en el libro.*) «Noveno mandamiento: Todos los hombres son vuestros hermanos... (*Pausa*) la familia no es sólo el grupo de individuos que come a una misma mesa y (*Pausa*) vive una misma vida en el seno de una choza o un palacio...» (*Pausa.*)

UN CHICO. — Pa-la-cio... (*Como si lo escribiera.*)

OTRO. — Ya está.

PROMETEO. — «Décimo y último: Nadie hay superior a tí, sino tú mismo, a medida que la cultura te va alejando de la animalidad...» (*Pausa.*) ¿Está?

UN CHICO. — Sí.

OTRO. — Y lo mío.

VARIOS (*Atropelladamente*). — Yo también, y yo.

(*Durante esta escena algunos chicos se tirarán migas de pan, otros se pondrán en pie, jugando todos.*)

PROMETEO. — Vamos, hijos míos, sentaos y escuchadme (*Algunos no le hacen caso*); luego os llevaré al campo, a la tarde... Quiero que aprendáis bien estos mandamientos; guardad el cuaderno donde los habéis escrito, y siempre que tengáis duda de vuestros actos, leedlos, aprendedlos, para que no se os olviden nunca.

UN MUCHACHO GRANDE. — ¡Prometeo! Los mandamientos del señor cura sí que son bonitos, y el que los deprende, va luego al cielo... y tú, aunque los deprendamos, no nos das nada...

PROMETEO. — ¿No os doy todos los días la fruta que madura en el jardín? ¿No os llevo todas las tardes a que corráis libres por los campos y os doy hartura de sol? ¿No os enseño la alegría de vivir y el amor a vuestros semejantes? ¿Qué más premio queréis? ¡Cuando seáis hombres, sabréis quién os daba más, hijos míos! (*Al muchacho grande.*) Y no se dice deprender, sino aprender, ¿has oído?

UN MUCHACHO GRANDE (*Con tonillo*). — ¡Es que lo dice mi padre!

PROMETEO. — Vamos, si dais palabra de escucharme, os contaré un cuento... (*A Abel.*) Oye tú, Abel, ¿cómo no viniste ayer? ¿Estuviste enfermo? Ven aquí junto a mí. (*Abel viene y queda junto a Prometeo, en pie. Prometeo deja sobre el banco el libro.*)

ABEL. — Como a mi padre le tocaba en casa, que había bajao con el ganao, dijo dice... ¡vamos!... (*Indeciso.*)

(*Los chicos danzan y revuelven.*)

PROMETEO. — ¿No quiere tu padre que vengas a la escuela?... Bien, hombre, bien.

ABEL. — No, sí, sí quiere; pero dijo, dice, que como no nos enseñabas la doctrina, que me iba a sacar... y que de letras, pa ser pastor, ya sabía bastante.

PROMETEO. — Tal vez tenga razón; si tú quieres ser pastor... si...

UN CHICO (*Interrumpiendo*). — Mi madre dice que se lo va a decir al señor cura, que no nos enseña usted el catecismo ni cosas de Dios.

PROMETEO. — No quiero que ninguno me llame de usted; yo soy vuestro amigo, un amigo mayor que vosotros, nada más.

UN MUCHACHO PEQUEÑO. — ¿Cuándo nos vas a contar el cuento?

PROMETEO. — Ahora, ahora... Sentaos... sentaos... (*Algunos se sientan; otro, juntos con Abel, le rodean en pie. El mu-*

chacho grande y el otro muchacho quedan en el corro en la parte más alejada de Prometeo.) Pues, señor... En un lugar... muy lejos de éste, del otro lado de los cabezos de la Sierra, vivían, en tiempo remoto, tres hijos y una hija, mozos y fuertes, y su padre, un viejecito corcovado.

UN MUCHACHO PEQUEÑO. — Sería como el señor Pedro el herrero, ¿no?

PROMETEO. — Sí, así era... pero más recio.

UN MUCHACHO GRANDE. — ¿T'apuestas que se lo digo? (*Dirigiéndose a otro muchacho.*)

EL OTRO MUCHACHO. — Díceselo; miá a mí, ¡si no me pega! ¡Mira! (*Dando un puntapié a las disciplinas.*)

PROMETEO. — Oid, oid... (*Pausa.*) Una noche juntó a todos en la choza, alrededor del fuego, y les habló así: «Hijos míos, me cansa la vida, yo nada tengo que hacer entre vosotros, para nada os valgo; os he enseñado a labrar la tierra, a construir chozas y acrecentar vuestros ganados; conocéis las hierbas que sanan y sabéis extraer de las víboras y los sapos venenosos la ponzoña para impregnar vuestras armas, y con su ayuda y vuestra indómita fiereza, disputar a los enemigos la hacienda, el pan y la mujer; y a ti, hija, los menesteres de la casa enseñó tu madre, que ya no es del mundo. Sólo me queda entregaros mi tesoro, que tengo encerrado en un arca (*Atención de todos*); pero quiero que mañana, antes del alba, hayáis traído cada uno la planta venenosa que aproveche mejor para dormirme el último sueño.» Después el viejo calló. (*El otro muchacho pellizca y se pitorrea del muchacho grande.*)

UN MUCHACHO GRANDE. — ¡Que te estés quieto, eso! (*Lloriqueando.*) Miá que se lo voy a decir a mi padre, ¡bueno!...

PROMETEO. — De sobre un tronco que le servía de asiento, alzóse el mayor de los hijos; salió en silencio de la choza y se perdió en la lóbrega noche. El viento zumbó colérico al pasar y cerró la puerta con estrépito. Los dos hijos que quedaban se miraron... Alguno dijo: «Perra noche»; el menor contestó: «Quien algo quiere, algo le cuesta»; y como si una misma voluntad les ordenara, los dos salieron súbitamente, arrastrando con ellos a la hermana, que salió llorando. La garra gigante del viento desgajó la puerta, coló en el chozo, y de un manotón apagó la débil llama que corría en danza fantástica sobre una raicilla sarmentosa. Desparramó las cenizas, agitó las blancas barbas del viejo y salió murmurando al campo. (*Pausa.*)

Era ya bien entrada la mañana del siguiente día cuando llegó el primer hijo. «Padre — exclamó —, aquí tienes la planta del pantano de la Muerte. Anoche, cuando traspuso la luna por el cerro de los Pinos, abrió sus flores en la sombra; por obedecerte estuve expuesto a morir en el lodo... la vieja Codicia, que me enseñó a conocerla, asegura que el sueño que produce es dulce, como una moche de primavera».

Entraron dos hijos más. «¿Y vosotros?» — les preguntó el padre. — Yo, dijo uno de ellos toda la noche he pasado en el cubil de la hiena que ronda por la montaña. Al amanecer, cuando arrastraba a su cueva para mantenencia de sus cachorros una presa, cuyo hedor llenó todo el aire, yo me abalancé sobre la fiera y la dí muerte con mi cuchillo... El corazón, negro por la sangre coagulada, aquí le traigo: no hay veneno mejor... «¿Y tú, hijo mío?» — preguntó el padre al que nada había contado ni ofrecido. — Yo, padre, nada aprendí de plantas ni de venenos; soy fuerte y no conozco la compasión. He pasado la noche durmiendo en la socava de una peña, hasta que rayó el día y aquí me tienes; dispón de mí. «Esperemos, que falta vuestra hermana» — dijo el viejecillo.

Casi el medio día era llegado cuando la hija, bella como un crepúsculo de otoño, llegó alborozada y radiante de dicha. A todo correr de sus ágiles piernas había cruzado el llano. «¡Padre!... ¡padre mío! — dijo, estremecida de amor infinito, — te traigo la primer gota de rocío caída del cielo en cuanto la luz del día apagó el lucero azul de la mañana, y recogida por mí en el hueco de esta piedra que horadé durante la noche. Bébela — y el viejo así lo hizo. — Tiene la virtud de dar la juventud eterna — así me dijo mi madre; — yo quiero que vivas siempre para besar tus manos y dormir junto a tu pecho, anegada de gozo y gratitud por la vida que me diste...»

Brilló un punto de luz en las pupilas obscuras de los hijos y en los cuchillos de bruñido acero. Acurrucóse medrosa la muchacha junto al padre, que, irguiéndose, tomó el aspecto de un fornido gigante; anuló, casi con su aliento, las vidas egoístas y brutales de sus hijos, y dando un beso sobre la frente de la mujer, la dijo: «De tí nacerá la humanidad, que ha de hacer del mundo un paraíso de paz y de amor...»

BRAULIA (*sobre la gradilla*). — Se creerá usté, señor Prometeo, que tóo eso importa a los chicos y que le entiendan. (*Los chicos miran a Braulia.*)

PROMETEO. — Déjalo, mujer, algo quedará en su memoria; tampoco entendieron sus padres los misterios de la *Fe* y arraigada está en sus almas. (*Braulia vuelve a su quehacer. A los chicos.*) ¿Os ha gustado el cuento?

UN CHICO. — A mí, no.

OTRO. — ¡Anda! ¿Que no? Bueno; más bonito es el de «El rey y la pava».

ABEL (*interrumpiendo*). — A mí tampoco; uno que cuenta mi madre del lobo encantao, sí que es y de una reina muy guapa.

PROMETEO. — Bueno, otro día os contaré cuentos de lobos. (*Riña entre Andrés y otro chico; los demás, azuzan; Andrés sujeta contra la pared a su enemigo. Prometeo les separa, llevándose a Andrés, asido del brazo; se sienta en el banco, le rodean los chicos.*) Vamos a ver, ¿por qué os pegabais?

UN CHICO. — Porque éste (*Señalando a Andrés*) le ha dicho a Nicolás que su madre era... (*Avergonzado.*)

ANDRES (*interrumpiendo atropelladamente*). — Es mentira, Prometeo, es mentira que yo lo haya dicho; es que lo dicen por el pueblo.

PROMETEO. — Pero, ¿qué os interesa a vosotros esos decires de la gente? Vosotros a jugar, a correr por los campos y aprender lo que yo os enseñe... lo demás es cosa de personas mayores, que a vosotros no incumbe. (*A Andrés*). Vamos a ver, ¿qué habéis logrado con pegaros? ¿Te crees tú, Andrés, que porque hayas hecho por temor callar a tu compañero, por eso tienes más razón? Si yo te pegara a tí, que soy más fuerte, ¿qué dirías?

ANDRES. — Se lo diría a mi padre.

PROMETEO. — Ya ves como no acabaríamos nunca; la razón no la tiene el más fuerte, sino el más...

BRAULIA. — (*Interrumpiendo.*) No le hagáis caso chicos; el que vos pegue, arreále, que si uno se deja, tóo dios le toma de monote y no levanta ya más la cabeza. ¡Lo sabré yo que siempre he sío probe y fea!

PROMETEO. — ¡Braulia! ¡Callarás! (*Con energía.*)

BRAULIA. (*Canta y limpia los cristales.*)

PROMETEO. — Eres el Cinismo personificado.

BRAULIA. — Cualisquiera día traiba yo un chico mío a esta escuela. Sí que va usté a sacar muchos deputaos!

PROMETEO. — Mejor que eso, haré hombres inteligentes y buenos, distintos de cuanto ha sido el hombre hasta ahora; no conocerán el egoísmo, arrancarán a la tierra el sustento para todos y no les será preciso ni leyes, ni dinero, ni prisiones; nadie robará, porque será todo de todos, ni matará, porque la animalidad habrá perdido sus fueros, vencida por la conciencia.

(*Los chicos le abandonan poco a poco; unos cazan moscas por las paredes y mesas, otros le hacen burla a espaldas suyas; sólo queda con Prometeo, Abel.*)

BRAULIA (*Interrumpiendo. Viene hacia Prometeo, cargada con la gradilla y con los bártulos de limpiar; se detiene junto a él.*) Sí, un mundo de santos, ya estoy en ello. ¡Pos, miusté; no sé por qué *me se* figura que tié usté pá rato! ¿Y ustés son los señores que estudian?... ¡Ja, ja!... (*Vase con zumba cantando a limpiar la otra vidriera.*)

PROMETEO (*Despreciándola. A Abel.*) Tú sólo me escuchas, tal vez eres el único que me comprende; y si así no es, adivinas por sentimiento, por grandeza de corazón, que la verdad está en mí... tú serás mi sucesor, un apóstol más...

ABEL. (*Con seriedad.*) Eso; yo pasante, ¿no?

ESCENA II

DICHOS y VIDA

VIDA (*Entrando puerta foro, con fruta en el delantal, aceleradamente los chicos la acosan, y acompañándola llegan hasta Prometeo con ella.*) No hay más que ésta madura (*Enseñándola*) y nos hace falta; hoy, que perdonen tus niños. Además, ¿qué nos da nadie a nosotros? Verás en lo que acaba todo esto. Yo sé de las hablillas del pueblo y oigo el runrún de protesta contra tí. (*Los chicos, rápidamente, arrebatan a Vida, que casi tiran, la fruta que, cayendo al suelo, se pelean todos por cogerla, incluso Abel. Los más fuertes salen puerta foro y todos los demás tras ellos. Prometeo les persigue y detiene en la puerta a Abel.*)

PROMETEO. — ¿También tú? Mi discípulo predilecto. (*Con desaliento.*)

ABEL. — (*Lloriqueando intenta desasirse.*) ¡Por tí me he quedao sin manzanas!

PROMETEO. (*Soltándole.*) — ¡Anda, vé tú también! (*Abel sale corriendo. Prometeo queda abatido en el quicio de la puerta.*)

BRAULIA. (*En lo alto de la gradilla, ríe a carcajadas.*)

VIDA. — ¿Qué te asombra? ¡Así es la vida!

BRAULIA. (*Bajando de la gradilla y llegando junto a Prometeo.*) Vamos, señor Prometeo, no se enfade; ese mal humor de usté debe ser hambre; deme dineros y haré unas sopas con torreznos; comerá usté y hemos de ver cómo se alegra...

PROMETEO. — ¿Acaso piensas tú que después de comer me figuro una mansión de paz y de amor al mundo?

BRAULIA. — ¡Claro; como siempre se queda usté con ganas!

PROMETEO. — A vosotros, los que con el pan os basta, la alegría y la resignación va llegando a medida que se atiborra vuestro estómago; os parecéis a los odiosos perros, que laméis la mano que os castiga, si dentro tiene un mendrugo.

BRAULIA. — ¡Ay, Señor, con esas cavilaciones y las tripas vacías!... (*Transición.*) ¿Me da o no me da dineros?

PROMETEO. (*A Vida.*) ¿Hay dinero?

VIDA. — Todos no nacimos para mercaderes.

PROMETEO. — ¿Acaso sabes ganarlo? Si fuera soñar.

VIDA. — Algunos habéis nacido para pobres. Tú, Braulia, llévate esos bártulos y a tus quehaceres... (*Con desabrimiento.*)

BRAULIA. — (*Saliendo lateral derecha.*) ¡Ya estoy, señora! ¡Ya voy!

VIDA. — (*Yendo hacia Prometeo, a quien, asido de una mano, lleva al sillón.*) Ven... ven... (*Con energía. Sentándole.*) Aquí, aquí es tu sitio; aquí te quiero yo, haciéndote respetar de todos, dominando a todos; ¿qué importa cómo? Unos días, no más, llevamos en este pueblo, y éstos dicen que eres un loco peligroso, aquéllos que tanto alardear de talento y cuánto será que no has sabido hacerte

rico. ¡Si supieran que ni tú mismo dictas tus actos! Que tú, como muchos hombres, eres el esclavo de tu anhelo, el enamorado de la imposible, de la fascinadora, de la de ojos inmensos; de la que habita alcázares de locura en países de ensueño y de vértigo, la diabólica fantasma (*Exaltándose*), la Gloria, mi odiosa rival... (*Pausa. Transición.*) Mira, Prometeo, yo quiero tu amor completo, me lo debes; yo soy la hermosa, la tangible, la fresca y riente vida, tu vida, tu esposa... mírame. (*Cogiéndole la cabeza con ambas manos y haciendo que la mire.*) Así, así... (*Queda contemplndole.*)

PROMETEO. — ¡Qué niña! ¡Siempre celos! ¿Por quién, sino por tí, hago cuanto ves y sabes? Por querer para tí lo más excelso, por glorificarte quiero henchir de amor sublime, ideológico, a los humanos y proclamar su culto por...

VIDA. (*Interrumpiendo.*) — No; por mí, no; por halagar a la que te inspira, por esa gloria que, alzándote de la tierra, te separa de mi cada vez más. Yo no soy la que te aconsejo mentirosas ilusiones, calenturas imposibles... yo te aconsejo otra cosa. Oye lo que te aconsejo. Tú eres antes que todo; eres eje, centro y mundo. Nada de lo que te rodea debe ser sino para tu satisfacción y placer; ¿qué te importa de los otros? Debes creerte el señor de los hombres, y, por lo tanto, su tirano. No renuncies a nada de tu natural condición, aun lo que tú llamas con nombre de oprobio, que de esa renuncia proviene tu esclavitud y tu miseria. ¡Cuando el hombre no había dado nombre y valor a las abstracciones, vivía; ahora piensa, que es algo peor!

¿Quieres, dices, enseñar la verdad? ¿Y cuál es tu verdad? Quieres cambiar de idealismo: eso es todo; enseñar la verdad, más sería decir a los que aprenden: la vida del hombre, del que llaman Hijo de Dios, en nada se diferencia de la de las bestias feroces, y así ha de ser o no vivir.

Muchachos, habías de decirles, tu enemigo es el hombre, la vida es lucha; procurad ser fuertes y andad por el mundo: esta es mi enseñanza. Pero, ¿qué haces? Cambiar las palabras antiguas por otras nuevas, hacer que el hombre de mañana siga poniendo la otra mejilla; que el rebaño se divida en unos que pegan y otros que sufren; aquéllos, los astutos, los fuertes, los rebeldes, los verdaderos rebeldes, y éstos, los que te creyeron, los poetas, los ilusos, los indefensos, los honrados, los buenos hombres... ¡Ya ves dónde llevas a tus chicos!

PROMETEO. — Quita, mujer (*La repudia*), eres brutal como la estúpida Naturaleza, que trueca el cerebro del hombre, donde brotó la luz de la idea, por un montón de inmundos gusanos; habla por tu boca el egoísmo de la animalidad. (*Baja Vida de la tarima.*)

VIDA. — ¡Oh, bendito egoísmo! Eso sí que debes enseñar a los chicos, que no se asusten de su posesión ni de su nombre... que ostenten como una virtud a la más clara luz del sol, y por lo menos habrás matado la hipocresía; todos sabrán el mundo a qué vienen

y ninguno podrá decir que le engañaron, al instruirle, con valores falsos; o más bien, déjalos... ¡felices no has de hacerlos!

PROMETEO. — ¡Oh, si yo pudiera libertarme de este amor que me ata a tí!

VIDA. — Al fin dijiste la ofensa.

PROMETEO. — ¡Qué te puede asustar por grosero, si eres la realidad hecha carne!

VIDA. — No nos entendemos.

PROMETEO. — Para ello había de renunciar a mi pensamiento.

VIDA. — Para tenerle, me necesitas; eres mi esclavo. (*Aléjase de él.*)

PROMETEO. — Yo pondré empeño en destruir la realidad.

VIDA. (*Incitante y provocativa.*) — Te conozco bien, tú vendrás a mí; tu robustez es tu suplicio y mi fuerza: no puedes vivir sin mi pasión y mi carne; quieres volar, pero yo, yo no quiero. (*Remarcando. Vase hacia el lateral derecha.*) W

PROMETEO. — Mi voluntad está por encima de todo.

VIDA. — Menos del instinto. (*Con altivez.*)

PROMETEO. — Está bien, déjame en paz. (*Apoya los codos en la mesa y la cabeza en las manos.*)

VIDA. — Piensa que querrás venir a mí cuando sea tarde. (*Mutis lateral derecha.*)

ESCENA III

PROMETEO y el VIEJO. (La escena quedará casi a obscuras; sólo la figura del viejo iluminada y ésto no psaará del umbral de la puerta del foro)

PASTOR. (*Apareciendo en el umbral.*) ¡Ave María! (*Con voz sencilla de entonación.*)

PROMETEO. — (*Alza la cabeza lentamente.*) Lo siento, viejillo, no tengo qué darle; ¡ni pan hay en la casa del maestro!

PASTOR. — No es pan, hijo, lo que vengo a buscar, sino a te traer una esperanza.

PROMETEO. — ¿Tú? ¡Nadie tengo sobre el haz de la tierra que me tienda su mano amiga!

PASTOR. — ¿No eres tú Prometeo, el maestro?

PROMETEO. — Sí soy.

PASTOR. — A tí y no a otro busco. A naide conozgo en la aldea. No abajo de la Sierra por acá, por estas tierras del llano, casi denguna vez; allá el zagal sube lo que he menester para mi mantenencia. Cuarenta noches de San Juan van pasadas dende la última vez que estuve acá abajo en la corraliza del amo para me hacer rabadán. ¡El Señor (*Se descubre*) no lo hubiera querido! ¡También suben allá las envidias de los hombres y las malquerencias! ¡Pos verás, hijo!

PROMETEO. — Venga, venga; siéntese, abuelo. (*Se levanta, indicándole el sillón.*)

PASTOR. — ¡Ja... ja! No sabría estar.

PROMETEO. — ¡Como quiera! (*Sentándose.*) Cuénteme, cuénteme... seré su párvulo; enséñeme el lenguaje y sabiduría del solitario.

PASTOR. — La mi cordera, ¡otros tiempos!, decíame: «¡También en el valle hay hombres de corazón sano», y no mintióme!

PROMETEO. — No muchos.

PASTOR. — Presto dudas y tan mozo.

PROMETEO. — Y vacilo.

PASTOR. — Tráigote una ofrenda para más mantener tu esperanza y por te dar ánimos para arrematar la obra.

PROMETEO. — Nunca viniera más a punto.

PASTOR. (*Apoyándose sólo con una mano en el cayado y señalando un punto lejano hacia el jardín.*) Allá, ¡hijo mío!, en los rasos páramos de las cumbres, florece cada año, sobre la albura de la inmaculada nieve, en que se asoma el alba prima del día del Señor (*Se destoca*), una flor roja. ¡Mancha de sangre parece sobre el ampo de la lana de un recental! Aquella Gloria...

PROMETEO. (*Casi incorporándose, exaltado, jocundo.*) ¡¡Gloria!! ¿Has dicho Gloria?... Dí... dí... (*Con pasión. Escucha atento.*)

PASTOR. — Aquella Gloria... ¡cuitada loca! amor primero de tu mocedá, vila subir un día... huyendo aterrada de los hombres que la perseguían, a se amparar en los cubiles de los lobos. No fué menester: yo la acogí en mi chozo; no me inclinó a la albergar idea torpe. ¡Dios sabe mi verdá!

PROMETEO. (*En éxtasis.*) — ¡Oh, amor imposible, cuán bello eres! ¡Atame, divina ilusión, al carro de la inmortalidad como al humilde de Galilea!

PASTOR. — Fué como cosa de encantamiento. (*Pausa.*) Una mañana apareció en el canchal más alto de la Sierra; flameaban al viento de las cumbres sus livianas vestiduras, confundiéndose con la bruma que toca los cabezos de la montaña. Del halda, henchida de flores, vertía puñados sobre la nieve. Tocó el primer rayo de sol su frente, enrojeciéndola... Como en día de apaño y recovo del ganao, se juntó en su redor tóo el mocerío que apacenta en las alturas, sin que torpe encelamiento llevase en su compaña, sino el asombro que prende en las almas sencillas lo sobrenatural. Pastores y cabrerizos embaucáronse con su majeza; ¡por virgen aparecida la tomaron y cayeron de hinojos ante ella! Así habló a todos — bien deprendí sus palabras! —: «Vosotros — dijo, — moradores de las cumbres, cuya vida natural no ha despojado vuestros corazones del don precioso de la piedad, recoged las flores esparcidas en esta aurora y guardadlas en vuestros pechos. ¿Véis que rojas parecen? Pues, al calor de la vida, tomarán la albura de las mañanas luminosas. Ellas tienen la virtud de que brote en el corazón de los hombres el amor, que ha de unirlos un día como hermanos. Sed vosotros los apóstoles de mi doc-

trina...», y desapareció para nunca más verla. (*Pausa.*) De entonces, cada año, una gran flor de sangre se abre sobre la nieve, donde ella puso su planta...

PROMETEO. — ¿Y bajas a verme?... (*Con ansiedad.*)

PASTOR. — Anoche, en que yo dormía, se apareció en mi chozo; su mano blanca, como la espuma de los torrentes, tocó mi sien, y su vaz me dijo: «Busca en la aldea del valle a Prometeo el maestro». Desfallece su ánimo en mi culto, confórtale... cumple tu misión... (*Pausa.*) Despierto la busqué en balde, estreguéme los ojos por me cerciorar de si soñaba... pero sólo vi, por entre las rendijas de las piedras, los guiños de luz de los luceros de esmeralda.

PROMETEO. — Ello fué obra del sueño.

PASTOR. — ¡Quién podría decirlo! Sólo sé que, al buscar en mi pecho la flor roja de aquel día, la hallé tan blanca como la hostia del Señor. (*Busca en el pecho.*) Aquí te la entrego por me descargar la concencia y cumplir mi promesa.

PROMETEO. (*Toma la flor, y después de besarla con unción, la guarda en su pecho.*)

PASTOR. — No olvides a la cordera que un día dió el regalo de su majeza y señorío a la contemplación de los míseros que nunca ven más que tristura y fealdá, y haz que suban todos los hombres a la cumbre... (*Desaparece súbitamente. Vuelve la luz.*)

PROMETEO. (*Intenta acompañarle, yendo hacia él suplicante, pero cae desfallecido en el sillón, ocultando la cabeza entre las manos, cuyos brazos apoya en la mesa.*)

ESCENA IV

PROMETEO y VIDA

VIDA. (*Aparece lateral derecha, llamando.*) — ¡Prometeo! ¿Comemos?

PROMETEO. (*Como despertando de un sueño.*) — ¡Ah! ¿Pero hoy come Prometeo el maestro? ¿Quién hizo el milagro?

VIDA. — Quién sino yo; ¡vivirías mísero, contemplativo, si no fuera por mí! (*Transición.*) Dime, ¿hablabas con alguien? Me pareció oir una voz. (*Alzase Prometeo.*)

PROMETEO. — No; soñaba, y al soñar, hablaba alto. (*Vase hacia Vida.*)

VIDA. — Diría que la voz de Gloria llegó a mis oídos. (*Grave, seria.*)

PROMETEO. — Hasta tí vuelven soñadora los celos.

VIDA. — ¿Por qué dices hasta mí y a mí por qué no?

PROMETEO. — Te supongo ajena a toda preocupación de amor propio.

VIDA. — ¿Entonces, mis celos no son más que vanidad?

PROMETEO. — Eso y algo más; espíritu de dominio, espíritu de pesadez... realidad.

VIDA. — Volví a tí olvidando nuestras querellas... incapaz como soy del rencor, y tú... (*Se oye ruido y tropel de gentes en el jardín.*)

PROMETEO. — ¿No oyes?... ¿no oyes? ¡Calla!

VIDA. — Serán tus chicos. (*Queda un poco separada del lateral derecha.*)

PROMETEO. — Espera. (*Vase a la puerta del foro.*)

ESCENA V

DICHOS, ALCALDE, CURA, SECRETARIO (con una cartera y papeles bajo el brazo), POPULACHO, CHICOS; después, BRAULIA.

ALCALDE. (*Entrando*). — A ti venemos a buscar. (*Al cura y secretario.*) Pasay, pasay...

BRAULIA. (*Sale enjugándose las manos en el delantal de cocina. Aparte, asombrada. Comienza a persignarse.*) Eramos pocos... (*Con intención.*) ¡Sin duda debe haberlos convidao mi amo! (*Se acerca a Vida.*)

PROMETEO. (*Altivo. En el centro del salón.*) Grave debe ser el caso cuando viene tanta gente.

CURA. — Sea, hermano, humilde y medite que es el señor alcalde quien viene a hablarle.

SECRETARIO. — Y que no encaja la insolencia en quien delinquió; antes bien, ser humilde, como usted ha dicho muy bien, padre, puede traer sobre él la piedad de sus jueces. (*Mirando al alcalde.*) Pero ahora, ¿qué veo, señor alcalde? ¿Qué modo es este de administrar justicia tan a la pata la llana? Venga, venga conmigo. (*Le lleva al sillón.*) Siéntese ahí, por mil conceptos respetable varón, dejando aparte sus riquezas, prenda ésta tan sólo bastante para acreditarle de sabio... (*El populacho alborota y quiere entrar en la escuela. El secretario deja sobre la mesa la cartera.*)

ALCALDE. (*Interrumpiendo.*) — Estarvos quietos, endinos, que no dejáis oir... (*El cura se sienta a la derecha del alcalde, y, a la izquierda, el secretario.*)

PROMETEO. — Sepamos lo que ustedes quieren.

ALCALDE. — A eso voy... (*Buscando inútilmente palabras.*) Bueno... yo ya me entiendo, ¡eh! porque...

CURA. — Señor alcalde, deje las flores retóricas, que si es verdad que adornan todo exorcio para mejor prevenir al auditorio, aquí es caso de sencillez y sobriedad.

ALCALDE. — A eso iba; que como ustés los letraos han estudiao el oficio, pos le digan en un tres por dos lo que haiga de icirse y arrematen presto... que yo no he comío entadía...

BRAULIA. — Mi ama, ¿no oye? ¡Que no ha comido! ¡Ja, ja!...

CURA. (*A Prometeo.*) — Se trata, en primer término, de la religión — la fe de nuestros mayores. — Usted, según dicen los niños, no les enseña religión; realmente no hace falta oirlos, a la vista salta. Ni láminas de los pasajes de la Historia Sagrada; ni

carteles con máximas cristianas, y lo que es más triste, hasta la imagen del Redentor cricificado falta en esta escuela. ¿Quí ha hecho usted de todo esto?

PROMETEO. — Sólo diré a usted por qué he retirado el Cristo. Fué por no creer un espectáculo muy edificante, mostrar a los niños la efigie del que clavaron en un madero sus antepasados por quererlos salvar: eso ha sido todo, si no fuera razón suficiente, resterrar la imagen de la muerte de entre los que quieren aprender a vivir.

CURA. — En las grandes tribulaciones de este valle de lágrimas, sin el consuelo de la fe, ¿qué harán los muchachos cuando sean hombres?

PROMETEO. — Señor cura, nadie mejor que usted, iluminado por el Espíritu Santo, ministro suyo, puede inculcar en sus almas los misterios de la religión; en cuanto a mí, me declaro impotente para tanto; yo no puedo enseñar lo que no sé...

ALCALDE. (*Interrumpiendo.*) — Bueno, no es menester; con que compren el catecismo, aviaos, y ca uno pa sí y Dios pa tóos.

PROMETEO. — Sería más hermoso todos para uno y no uno para todos.

ALCALDE. — Aquí no hay hermosura que valga, sino hacer lo qu'hay que hacer.

SECRETARIO. — Desobediencia a la autoridad, artículo... artículo... (*Mirando los papeles. El populacho se impacienta.*)

VIDA. (*Interrumpiendo.*) — Buenos hombres. (*Suplicante.*) ¡Ustedes quieren perdernos! (*Acercándose a la baranda.*)

CURA. — No, hija, no. ¡Dios nos libre! Todo puede tener enmienda en el mundo menos la muerte; queremos que tu marido escoja entre cumplir con el deber...

PROMETEO. (*Aparte.*) — ¡Siempre el deber! ¡Maldita palabra, cómo has dominado al hombre!

CURA. — ...o salir del lugar. En ti, hija mía, está más que en nadie. Las mujeres persuadís a los pecadores más pronto que la verdad; sois el enemigo malo, unido a la gracia de los serafines. Si tú hubieras cumplido con el sacramento de la confesión, habiendo venido a mí, yo te hubiera evisado del riesgo que corría tu marido con su conducta....

PROMETEO. (*Interrumpiendo enérgico.*) — Vida, ve tú a comer, déjame solo. (*Vida queda junto a Prometeo, cabizbaja, haciendo nudos con los extremos del delantal. Greguería entre el populacho por estorbar el paso a una vieja.*)

UNA VIEJA. — Señor arcarde, dígale a ese mal hombre lo de la tronzadura de mi verraco por el mozón de la Micaela... ¡Que m'ha perdío, señor (*Hiposa de llanto*), que m'ha perdío!...

ALCALDE. (*Imperiosamente.*) — Tú, Tanasia, allí contóos; en que no se pregunte, no se habla; ya lo sabís. (*La vieja se confunde entre el populacho. A Prometeo.*) Bueno, aquí al respetive,

con muy poco, como quien dice, se nos contenta, ¡estamos! con hacer lo que el otro maestro... Los chicos son, como si dijéramos, mal comparao, potros cerriles... Andales con lilailas, y como si no. No les hagas temer por el palo, y en que sean hombres, cualisquiera les sujeta ni les acarrea al trabajo; conque ahora no hay güerto que no roben, con eso de «tó es de tóos», que tú les has dicho, ni padre a quien obedezgan, si no es que no le rezongan: «¿Usted quién es pa mandame?» ¡No esto es una mala vergüenza! Y que el día de mañana, que sea yo viejo y esté, es un suponer, tranquilo en mi casa, comiendo un piazo e pan, que mi trabajo m'acostao...

PROMETEO. — El trabajo no asegura el pan de la vejez.

UN VIEJO. — Y que lo diga usté, güen hombre.

SECRETARIO. (*A Prometeo.*) — ¿Quién es usted para dudar de la probidad del señor alcalde con reticencias? (*El populacho comenta en alta voz.*)

CURA. (*Al secretario.*) — ¡Qué insolencia!

PROMETEO. — Sin duda, los que nacimos herederos del deber, fuera de nuestra herencia, nada nos es permitido, y menos mal que aún tienen ustedes la cortesía de prohibírnoslo de un modo teatral...

ALCALDE. (*Al secretario y al cura.*) — Bueno, vamos a lo que vamos, que me vais a volver loco! *Dejar* eso pa cuando os peleéis vosotros, los que no tenéis medios de sacar los dineros más que a fuerza de sotilezas, y vengamos a cuento de lo que se ha de disponer de este hombre. Primero y prencipal: a usté, señor maestro, ¿le conviene enseñar a los chicos lo que hay que enseñarles, lo que sa enseñao hasta aquí, que mos ha ido mu ricamente, sin progresos ni garambainas?...

PROMETEO. — A ustedes, sí.

ALCALDE. — Amuelo. (*Levantándose y dando una puñada sobre la mesa.*) ¿Estoy hablando yo u qué? ¿Te conviene u no?

PROMETEO. — Es hora que despierte del letargo de bestialidad en que está sumido el pueblo tantos siglos. (*Movimiento de indignación en el populacho.*)

EL POPULACHO. — ¡¡Ah!!

UN HOMBRE. (*A todos.*) — ¿Habéis oído?

UNA VIEJA (*A Prometeo.*) — ¡Maldito e Dios! ¡Qué nos has dicho! (*Amenazándole con el puño.*)

EL POPULACHO. (*Avenza al salón hacia Prometeo, en actitud hostil.*)

VARIAS VOCES. — ¿Amos con él? (*Prometeo, sereno, en el centro.*)

VIDA. (*Interponiéndose.*) — ¿Quién será osado a tocarle? (*Iracunda.*)

BRAULIA. — ¡A éste le crucifican como al otro! (*Aparte.*)

CURA. (*Alzándose.*) — ¡Hijos míos! Dios será servido castigar al maldiciente... al réprobo...

EL POPULACHO. — ¡No, no! (*Gritando.*)

ALCALDE. (*Dando un varazo sobre la mesa.*) — ¡Atrás tóo Dios o estozo a uno!

SECRETARIO. — ¡Alto a la autoridad! (*Movimiento de terror en el populacho, que retrocede asustado.*)

ALCALDE. (*Sentándose, satisfecho.*) — ¡Pos estaríamos buenos! (*El secretario se sienta y escribe afanoso.*)

CURA. — Vosotros mismos le habéis oído. Nada hay respetable para este hombre. ¿Y hemos de entregar a vuestros hijos para que les eduque? Convenceos de vuestra equivocación, vosotros pedisteis que viniera. El señor alcalde, dispuesto siempre a favorecer a su pueblo, quiso, para evitar que creyerais que no era de su voluntad, que vierais vosotros palpablemente los resultados. Habéis comprendido que, fuera de la ley de Dios, no está más que el desorden, la impiedad, la mentira... el ejército de Satanás siempre en acecho... ¿Me entendéis, hijos míos?

EL POPULACHO. (*Silencio, se miran unos a otros.*)

PROMETEO. — ¡Nada más elocuente que ese silencio!

ALCALDE. (*Con insolencia.*) — No es nuestra la culpa; ellos, que no quisieron civilizarse y deprender...

PROMETEO. — Corto es el día para que produzcan y enriqueceros.

SECRETARIO. — Si seguís por ese camino, iréis preso.

PROMETEO. — Estoy solo y sois la fuerza.

SECRETARIO. — El derecho.

PROMETEO. — Me es lo mismo.

SECRETARIO. — La rebeldía es un absurdo; todo obedece en el mundo.

PROMETEO. — Todo, menos yo. (*Rotundo, categórico.*)

ALCALDE. (*Levantándose.*) S'acabao; ¡tú, hala, ya estás aquí de más! (*Al populacho.*) ¿Nos verdá, hijos míos, que no queris este maestro?

EL POPULACHO. (*Gritando.*) — No... no...

PROMETEO. — Sí, me iré... me iré, arrojado por todos vosotros; pero no olvidaréis que pasó por aquí otra vez el *sembrador*, y que algún grano de su semilla posible es que fructifique aún entre la cizaña. Despreciáis al que os traía la dicha, sin comprenderle, pero aprended que el hombre no mermará el dolor y la dureza del vivir hasta que su sabiduría le emancipe... (*Exaltándose.*)

EL POPULACHO. — ¡Ja, ja!... ¡El loco!... ¡el loco!

VIDA. (*Colgándose al cuello de Prometeo.*) — Prometeo!... (*Con pasión.*)

PROMETEO. (*Adelantándose hacia la multitud con ademán descompuesto. Desasiéndose de Vida.*)

EL POPULACHO. (*Movimiento instintivo de temor.*)

PROMETEO. — Canalla, miserable, apestáis a animalidad; siglos y siglos de esclavitud no son aún bastante acicate para alzaros

del polvo: sois irredimibles; ¡yo os aborrezco! (*Seguid o dejadme.*)

VIDA. (*Aparte, desolada, con desesperación.*) — ¡Otra vez la vida errante! (*Tribunal absorto, como petrificado.*)

PROMETEO. — ¡Dejadme paso! (*Va hacia el populacho.*) Voy por el mundo a buscar una humanidad digna de ser el aposento de la Inteligencia y el tabernáculo del Amor, del Sentimiento y de la Belleza. (*Quiere forzar el paso, luchando con todos.*)

VIDA. (*Sujetándole, dominante.*) — ¿Dónde vas? ¡Tú sí que eres irredimible! Pon la planta en la tierra, no quieras torcer el sentido de la vida. Toda la redondez del planeta correrías sin hallar la humanidad que buscas. ¿No te valen los ejemplos de la Historia? Basta de mártires y de precursores. ¡Siempre más allá el hombre buscando la dicha! (*Con pasión.*) ¿Qué vida más regalada que la tuya, en mis brazos, sin darte un ardite de tus semejantes? ¿A qué compasiones estériles si la muerte y el dolor engendrarán la vida a despecho de la voluntad del hombre?

PROMETEO. (*Interrumpiendo.*) — Déja... déjame, por piedad... (*Defendiéndose débilmente.*)

VIDA. — ¡Eres mío! ¡Ven... ven! (*Se abraza a él, y fascinándole, le conduce sin esfuerzo a la tribuna; huye el tribunal asombrado, quedando en pie primer término izquierda, separado de la plataforma y casi de espaldas al público. Prometeo queda en pie tras de la mesa, y apoyada con indolencia y anegándole en su mirada, Vida, cuyas dos manos, cruzadas, se apoyan en uno de los hombres del maestro. Prometeo, indeciso, abstraído.*)

VIDA. (*Insinuante.*) — ¡Sé grande de otra manera! ¿No ves cómo todos todos te desprecian? ¡Para ti, yo debo ser antes que todo!

PROMETEO. (*Irguiéndose, enérgico.*) — ¡Es verdad! Tú eres el más intenso, el más grande amor... ¡Vivir es antes que soñar! (*Intenta hablar al populacho.*)

BRAULIA. (*Interrumpiendo.*) — Señor, aspere, que se deja lo mejor! (*Alargándole con apresuramiento las disciplinas que recoge del suelo.*)

PROMETEO. (*Cogiéndolas, enarbolándolas con energía y dirigiéndose al populacho.*) ¡Es cierto!... ¡pasad, muchachos!

NIÑOS. (*Pasan y se sientan.*)

PROMETEO. (*A todos.*) — ¡Preparemos la nueva generación! Ved si es esto lo que queréis. Muchachos, decid conmigo: Padre nuestro... que...

NIÑOS. (*Con tonillo escolar, interrumpiendo y cantando a dúo con él.*) Padre nuestro, que estás en los cielos, santi............

TELON RAPIDO

Quiero hablar del dolor

Algunos hombres me clavan los ojos en el rostro con toda suma de intereses; y es tal la fuerza penetrativa de sus miradas que nunca acertaron a tener noticias de mis sentimientos.

Entre estos hombres hay médicos, psicólogos, innovadores sociales, literatos, poetas y otros "directores" de la salud pública de los pueblos — y todos me hablaron de sus preocupaciones profesionales, convictos de que mi espíritu podía mirar con atención toda la puerilidad que a sus manías de oficio se les ocurría exponerme, con verba más o menos propia, pulida o seleccionada.

Que un hombre, yo, podía estar oxidado de dolor, jamás fué ni una mera hipótesis para ellos.

¡Y qué poquita cosa, cuando el sufrir ahoga, representa esa caterva de cura hernias, de zahorís baratos, de ayuntadores de términos y de rimadores glaciales, cuyo discurso se escucha sin distinguir si el oidor es un hombre, un poste u otra cualquier cosa!

Pero lo que en pluralidad de ocasiones he observado es que la inmensa mayoría de esta *élite* social se afana, con violento esfuerzo, por encontrar el adjetivo en perpetua ausencia, maltratando la imaginación y haciendo toda clase de gestos para exponer una idea, siempre malparida o elefantisíaca.

Mísero y todo el pobre adolorido, ¡cómo sonríe conmiserativo ante miseria tan extrema!

Y el progreso de las cosas reales, ¡cuánto pierde en este vano agitarse por el vocablo! — ya que en palabras, sólo en busca de ellas, se va la acción, y aún la concreta concepción.

Se me aproxima uno que me conoce, y me habla.

Yo para él represento una célula (él cree que el universo entero) del mundo.

Sigue hablando, sigue y concluye; después se marcha, sin saber cómo estoy, ni qué pienso, ni quién soy.

Se va: cree que él es esfera y contenido, si acaso no presume que fuera de sí nada existe.

Mi costumbre es otra: tomo como prójimo mío al que se me avecina; le admito por algo hermano cuyas alegrías y tristezas y dolores debo conocer, y, después, si poseo la facultad ideativa (para él solo, para mí o para los dos) le expongo esto, aquello, lo que conviene, lo que es, etc.

Es así como yo estoy con él y él conmigo; de otra suerte la

sociedad se reduce a un bajo contrato entre mercachifles, cuestión de negocio y utilidad y no de afección y de simpatía.

No está mal que la persona económica se forme, ya que, esta persona, sirve a veces de preceptor a la embrionaria persona moral; pero que aquella llegue hasta enfundar el espíritu en metálico saco es tomar al mundo por mercado de frutos y equivocar el medio con el fin.

Un espíritu acorazado contra el ajeno dolor, llega, por tedio, a no ver objeto alguno final de su vida.

Insensible, no deseando de otra parte sentirse próximo al sufrimiento humano, se afanará en sus asuntos con ahinco de egoísta empedernido; se casará, formará hogar, introducirá — no la dicha — la indiferencia por todos los rincones de su edificio, y, al fin, malgrado sus esfuerzos, caerá en el hastío.

Y en su hastío llevará su dolor; porque el dolor, que no la dicha, mora afuera, y crece; y lo de afuera entra adentro, a casa, y atácanos en nuestras últimas trincheras: nosotros mismos!

Que es el dolor una epidemia — de etiología social — de la que hay que preservarse, no huyendo del apestado sino salubrificándolo, reconfortando al débil, elevando al caído, dando oriente al extraviado u ofreciendo al sediento la copa que su espíritu reclama.

Porque las almas torturadas por el contraste, tiran a ser, no contrasociales sino antisociales, pues no hay como el sufrimiento para tonificar y vigorizar dientes y uñas... ni para anegar los sentires en aguas más salobres.

En la mujer apaga los escrúpulos; si tempranamente sufre, hasta el pudor se le atrofia, y, más tarde, apenas si los más inmanentes y primordiales instintos superviven rudimentarios, navegando en plenas aguas sospechosas, con inclinaciones turbias...

En los hombres, la agilidad mental para el mal toma proporciones gigantescas, y tanto mayor es la desesperación cuanto más grande es la audacia.

Los grandes dolores perduran apesadumbrando por virtud de la memoria; y los anhelos sentidos para salir del sufrimiento, subsisten latentes, con su carácter antisocial, retenidos también por la memoria de los dolores.

Son desgracias infinitas, revolucionadoras de la persona moral, que monomaniatizan empecinando a dar solución, y a toda costa, a lo que por varias contingencias aparece, o es irreparable.

Estos miserables caballeros del dolor, atendidos a tiempo, consiguen detenerse quizá al borde del delito, aunque continuamente impregnados de los vahos dolorosos, sin mitigación, con *aquello* que asciende y desciende desde el vientre al pecho, a la garganta, ventoleando todo el sistema, nervios, sangre, cerebro...

Yo no soy pesimista ni optimista tampoco, porque aleccionado, provechosamente, por la vida, sospecho de todo; pero como amador de la verdad, y de los hechos, compruebo que hay más dolor repartido que dicha en haber.

Los paganos, en su afán de vida intensamente gozada, comprobaban el dolor; y los cristianos, ansiando que nos elevásemos sobre las miserias terrestres, documentaban el sufrimiento; "De verdad que es prudente — dice Kempis — el que mira como basura todas las cosas terrenales".

Es seguro que hay una edad en la que el dolor produce estragos imperecederos, la de los treinta años; como si al doblar el cabo de la vida llegásemos a una máxima intensificación de las emociones.

Es cuando nuestras desgracias se aparecen como irreparables, no hallando, a la desdicha de vivir, compensación; todas las cosas perdieron su alma; el sol mismo parece que no calienta, y los hombres y los objetos que pasaron sólo se rememoran para mayor desengaño y pesadumbre.

Larra, a los treinta y dos años, se sintió incurable y se despidió del mundo del dolor mediante un pistoletazo en la cabeza, y, más o menos, a tal edad, Byron, de Musset y Espronceda recogían cierta buena dosis de agonía, lo mismo que Guyau: sufría, dice Fouillée, *honestamente* la desgracia de vivir sin esperanza.

El dolorido siente una voluptuosidad extraña en tornarse un taciturno amador del silencio, como si temiese de la sonrisa de la indiferencia, que es fría y egoísta, el reproche de la cobardía.

En el silencio, por otro lado, va la comprensión de que la palabra nos aleja de la realidad, que aun los que saben hablar más profundamente, asegura el místico belga, son los que mejor sienten que las palabras a veces no expresan nada...

Y cuanto más hondo es el dolor más lo guardamos en la « eternidad del silencio ».

Hablen, pues, otros de la dicha de vivir — para eso « la palabra nos aleja de la realidad » — que yo, buen catador de secretos sufrimientos, tanto propios como ajenos, miro las dichas de la vida como estados de sueño, desvariaciones, palabras y palabras...

Las almas aun están envueltas en la carne de los intereses: lo práctico y lo no práctico inmergen más y más — hasta soterrarlo — el espíritu puro de la hermandad y de la amistad.

Yo, cada vez que veo o intuyo una acción avara, supongo que el alma del que la ejecuta desciende, abochornada, a los lugares donde la conciencia no existe, como no queriendo tener arte ni parte en los actos que manchan — si no socialmente en el sentido de la moral absoluta.

Hablan más con los hombres los que con sus espíritus, evocados, hablan.

En mis prisiones, a veces rodeado de estupradores, ladrones y asesinos, observé que el hombre requiere para vivir en la bondad sólo una cosa: la presencia del alma.

Nadie a los somnolientos o adoloridos les habló de la bondad, porque para ello se necesita la virtud de hablar con las almas y no con los cuerpos.

Yo he visto mansos a los feroces, a los impúdicos recatados y a los repugnantes inefables y simpáticos, a pesar de sus crímenes, porque les hablé del dolor que ofusca y de la bondad que levanta, y sus almas, inocentes de toda delictuosidad, irradiaron en sus cuerpos — en muchos quizás por primera vez — saturadas de luz y de silencio...

El juez, a veces, posee esta virtud; por eso muchos reos suelen ser llamados a conmoverse, y aprenden a llorar, gracias al espíritu que anuncia su presencia.

Los individualistas tienen un desprecio soberano por todo aquello que se coloree con las tintas de los escrúpulos: el dolor, la melancolía, la miseria...

El criminal mantiene idéntica anestesia para con su víctima; y el uno, Nietzsche, proclama el triunfo de la « fiera rubia hermosamente feroz », mientras el otro, el asesino, ejecuta « la ferocidad hermosa », *le beau geste*...

Prefiero los místicos ascetas, llenos de penetración, de instinto social, hasta de intuición científica: ellos ven el alma de las cosas, de los niños, de los réprobos...

Un ser humano que llora, conmueve; pasar sobre él con el gesto del «hombre rubio» es no sentir el instinto de la especie, que es de respeto, conservador, sensible, espiritual.

La fuerza no está en la dureza; la mejor máquina de hierro, en movimiento continuo, dura menos que el hombre, que también guarda, *fuera de sí*, una máquina.

No sentir es no vivir, y el que no se ablande ante el dolor ajeno no será apto para la dicha, ni para las emociones de orden interior, o estéticas.

En fin: la divisa que os recomiendo para vuestro escudo, no será cristiana ni de abdicación personal:

Haceos humanos, que no llegaréis a demasiado humanos.

Félix B. Basterra.

Cinematógrafo Revolucionario

Eterna noche de miserias.

Noche lóbrega, terrible y llena de misterio y corrupción. Todo hallábase cubierto con el denso velo de la más espantosa obscuridad.

La luna no despedía ya sus rayos de plata. Febo, el rey de todos los astros, no arrojaba sus dorados fulgores sobre la tierra, temeroso de descubrir, a través del egoísmo humano, una diestra roja que intentara iluminar el Orbe.

Los dioses permanecían inquietos en sus moldes marmóreos; y con ellos los monarcas, príncipes, sacerdotes, magistrados, burgueses, polizontes, en continuas orgías y bacanales, asfixiándose en la atmósfera de la podredumbre social. La plebe, caminaba en silencio, con la frente inclinada, a encender el faro que iluminaría la tenebrosa noche del misterio.

Instantáneamente una antorcha, mejor aún, una tea, brindó luz al mundo.

El trastorno universal se sucedió...

Fuertes sacudidas del globo terráqueo, acompañadas de rojos relámpagos y ensordecedores truenos, conmovían y hacían estremecer el espíritu humano.

Y todos aquellos que hasta entonces se habían considerado poderosos, temblaron en sus dominios, encontráronse débiles e impotentes para detener la tormenta, y en medio de sus remordimientos, ofrecían al nuevo Soberano sus tesoros, sus glorias, sus palacios, sus mujeres, en cambio de un solo instante de vida. ¡Vano intento! El Soberano, la turba salvaje y rebelde, tenía sed de venganza y quería saciarla.

El Soberano de aquella época era la plebe miserable, harapienta, que unida y compacta danzaba diabólicamente, embriagada por el Gran Triunfo, gritando delante de la furiosa tempestad social: ¡Justicia! ¡Justicia!

¡Qué cuadro aquel!

Los entes oprimidos, sin contenerse, teñían de sangre las aguas; los vencidos por aquéllos, ahora sin poder, con los rostros pálidos y temblorosos, corrían a los abismos para ocultar sus cuerpos leprosos. La vorágine incendiaria producida por la tea, reducía a cenizas los tronos de los tiranos, los palacios de los explotadores y los templos de los falsarios. Aquello terminó...

Un iris de púrpura y de rojo circundó la región celeste. El Sol, radiante cual nunca, iluminó con vivísimos rayos la nueva aurora.

La tierra era el paraíso.

Los hombres eran dichosos, las mujeres encantadoras, y todos gozaban de la naturaleza.

Y desde entonces la Humanidad fué feliz.

Francisco Garfias.

DESDE ITALIA

El Calvario Proletario

A menos que se nos quiera ocultar la verdad, parece que en Alemania se haya conseguido restablecer la calma.

¡Una calma asaz desolante!

La tentativa de Von Kapp de adueñarse del poder en nombre y por cuenta de los reaccionarios militaristas e imperialistas ha fracasado, el peor de los males ha sido evitado. Verdad que el triunfo imperialista y contrarevolucionario habría significado la feroz represión del pensamiento y de la acción de la clase obrera, del socialismo, del anarquismo y de toda libre manifestación del espíritu humano en Alemania.

Al operarse la contrarrevolución abierta y descaradamente en el centro del continente europeo, habría hecho enorgullecer a los plutócratas de Londres y a los militaristas de París, los que alvidando toda querella con los teutones, se hubiesen valido de su ayuda para defender con más éxitos los privilegios capitalistas contra el enemigo común y temible: el proletariado.

¡No hablemos de Italia! Revisad la prensa durante los días que Von Kapp triunfara... Todos los rancios amores de la triple alianza de tiempos próximos pasados, apenas vedados púdicamente durante la guerra, ostentaban de nuevo sus vergüenzas y sus orgías inverecundas. ¡Ah! Un poco de látigo tudesco, para aplacar a la canalla ensoberbecida, sería siempre el ideal de tantos y tantos patriotas escondidos hoy tras de las columnas de alguna logia, o detrás de un confesionario herméticamente cerrado a los ojos profanos.

La aventura de Von Kapp ha pasado al ridículo, por lo que se refiere al protagonista. Pero eso no quita que esa aventura haya costado una sangrienta tragedia. Y se note con cuanto apuro, apenas el gobierno de Ebert quedó consolidado, los diplomáticos de la entente presentaron sus enhorabuenas a dicho gobierno por haber sabido reprimir los desmanes de tan indignos usurpadores. Algún día veremos con luz de verdad los hilos invisibles que unen a los militaristas de Hindemburg y a los de Foch.

La falsa sinceridad del cobarde gobierno sedicente democrático-social de Ebert y Noske nos obliga a pensar que ese gobierno lucha a su vez para implantar en Alemania nuevamente un régimen de bronce o del todo Kaiserista.

La contrarrevolución ha sido vencida, pero ¿quién ha sido el vencedor? No. La reacción no ha sido exterminada por el gobierno de Ebert. La situación ha sido salvada por el heroísmo de la clase popular que sin embargo no se beneficiará en nada de sus resultados. Y los que efectivamente recogen los frutos de la victoria


Via Libre